ANTONIO VELAO OÑATE
Ex-Ministro de la República Española

Los Republicanos Españoles ante la situación internacional

MEXICO
1941

La presente situación internacional ha removido las esperanzas de los republicanos españoles y, como es natural y justo, ha despertado las actividades políticas de grupos y personalidades.

En este movimiento se ha producido un confusionismo de situación que obliga a muchas personas a definir su actitud, y conveniente es, para el mejor cauce de nuestro porvenir, que esta definición se haga entre líneas de la mayor claridad y de un completo desapasionamiento.

Por mi parte estimo que debieran de ser los españoles pertenecientes al credo estrictamente republicano, los que se apresuraran a servir de base de unión de los antifascistas, para ofrecer en su día, soluciones de reconquista de nuestras instituciones y de nuestros derechos. Pero esto no será nunca posible, si los republicanos comienzan por no entenderse y de ninguna manera se puede aspirar a un entendimiento, si no hablamos y no nos comunicamos.

En este particular, mi situación es sumamente difícil. Por una parte, estoy convencido de la necesidad de una convivencia republicana; por otro lado, no puedo sentirme conforme con actitudes adoptadas por algunas personalidades exiladas, que con su particularísima visión del momento, no es posible que puedan representar a todos los republicanos. Por lo menos a mi modesta persona no la representan. Y, sin embargo, por encima de todo ello, es necesario que se intente una inteligencia, porque sin ella, las posibilidades republicanas sufrirán un colapso, quizás irremediable.

Es, pues, conveniente el diálogo y como la realización práctica de este diálogo se ha hecho difícil para mí, me dedico a publicar la opinión que el momento actual me merece. Con ello queda definida una posición política e intentado el establecimiento de un plano de discusión y de avenencia. A muchos españoles el intento les puede parecer absurdo, por vanidoso, pero ninguno podrá negarme el derecho que tengo a fijar una posición.

En los momentos que vivimos, no se puede hablar ni escribir, sin estar poseído de una absoluta serenidad. Al tratar de estos momentos y sobre todo, al tratar del futuro, se adquieren responsabilidades indeclinables, que pueden ser responsabilidades históricas y por ello, nuestra controversia y nuestras actuaciones tienen que estar desprovistas de todo aquello que, por revestir caracteres de cosa personal, tras de ser minucia en una tragedia inmensa, pueden constituir obstáculo serio para construir sobre una base sólida, el futuro que reclaman la salud de nuestra Patria y el derecho de los muertos y de los sacrificados.

De tal serenidad me revisto al escribir estas líneas y si por desgracia no provocan un convencimiento, por lo menos —tengo la seguridad— no han de herir susceptibilidades de tipo personal. Por esta razón, que la considero de importancia primordial, no ha de haber en ellas ni una sola alusión a conductas pasadas. Me limito a razonar sobre la situación actual, para sacar unas consecuencias en relación con nuestra conducta del porvenir.

Y no es que tenga la inocencia de creer que el pasado es una cosa absolutamente pasada, que a nadie interesa y que a nadie interesará en tiempos venideros. Nada de eso; lo que creo es, que en la conformación de nuestra conducta a una futura y próxima conveniencia patria, están de más las explicaciones sobre conductas pasadas que, por irremediables, nos desunirían de una manera

también irremediable, antes de haber salvado lo que hay que salvar. Tiempo vendrá en que nuestro pasado sea testimonio de la justicia que se nos haga; justicia que todos debemos desear, a fin de que el edificio republicano no resulte cimentado sobre escombros.

Caminemos, pues, en el discurrir, unidos de buena fe, aunque sean discrepantes nuestras posiciones ideológicas, o nuestros procedimientos, y rehuyamos en este caminar la compañía de los malvados y de los tontos. No seamos lo suficientemente tontos para hacer el juego a los malvados, ni intentemos la maldad de engañar a los tontos. Pensemos en que, por primera vez, desde hace varios años, se abre ante nosotros un horizonte, no diré, muy luminoso todavía, pero cuya luminosidad depende en gran parte de nuestra propia conducta y no cerremos el horizonte que comienza a abrirse con las nubes de la discordia.

Nuestra discordia, si la hay, tiene que obedecer a cosas fundamentales, emanadas de la distinta manera de apreciar lo que ha de ser nuestro futuro español y republicano; nunca nuestra discordia puede ser una continuación de esta discordia minúscula, nacida de las necesidades materiales de la emigración. A la hora trascendental de la verdad, esta discordia minúscula perderá sus perfiles y hasta dejará de verse, desde la altura de unos ingentes problemas que la realidad nos empieza a presentar. Cuando se haya conseguido allanar esta montaña de problemas, seguramente volverá a aparecer aquella discordia minúscula, pero convertida entonces, en elemento de juticia personal.

I

Se ha dicho muchas veces que la guerra civil de España, comienzo y diseño —por decirlo así— de la actual lucha mundial, había sido una contienda entre dos extremismos y para más fácilmente discurrir, los sectores simplistas de la opinión, aseguraron que era una lucha entre el fascismo y el comunismo. Uno de los dos había de imperar en España, una vez que la guerra terminara.

Si se cala hondo en la guerra civil de España, con sonda más firme y más segura que la del simplismo se comprende que tal apreciación es incierta. No dudo de que el motor de la sublevación reaccionaria de España (yo me guardo de llamarla simplemente sublevación militar) fué el nazismo alemán, que pretende ser totalitarismo europeo y proyecta ser para después totalitarismo mundial. Ese fué el motor de la sublevación, franquista *per accidens* y reaccionaria por esencia. La primera gran diferencia que hubo entre la zona sublevada y la zona leal, fué que en la primera —en la zona sublevada— era desconocido en la inmensa mayoría de sus sectores, este móvil que la llevaba a un acto monstruoso y en la zona leal, en cambio, se vió claro desde primera hora y así fué denunciado a las Democracias que desoyeron la advertencia, como después habían de desoír otras, con grave quebranto para su futuro inmediato. Ahora bien, la reacción republicana no obedeció a móvil extremista de ningún género; fué la noble reacción nacional, levantada contra la amenaza que se cernía sobre las libertades y sobre la independencia de España.

Los leales de nuestra Patria lucharon sencilla y valerosamente por esto. Primero, por defender la libertad conquistada con la República, con aquella República, que como dijo un hombre eminente cuya desaparición todos lloramos, no haría hombres felices, pero hacia HOMBRES. Después por defender la independencia patria

La prueba de que la lucha tuvo esos caracteres, nos la proporciona su resultado: en España impera hoy, una vil y grotesca imitación de totalitarismo, pero lo positivamente cierto, es que se han perdido las libertades y que España ha perdido su independencia. Hitler nos da la razón, cuando habla con Franco, caricatura de dictador, y con Serrano Suñer, caricatura de canciller.

El arraigo del sistema totalitario en España, lo niegan las cárceles y los campos de concentración. La pérdida de la libertad, la confirman las cárceles y los campos de concentración. La pérdida de la independencia, la rubrican los cañones de Ceuta y de las islas Canarias.

A pesar de estas manifestaciones de evidencia, el simplismo ha seguido su curso, y al extenderse la hoguera europea, también él ha extendido sus opiniones y ha asegurado, por lo menos hasta hace poco tiempo, que la lucha que sangra las juventudes de todas las razas, es una guerra entre el capitalismo y el comunismo.

Y bueno es advertir que este simplismo, invade todas las latitudes políticas. Para el extremista de izquierda, había que destruir a sangre y fuego el imperialismo inglés; para el capitalista, era necesaria la desaparición del comunismo y así, los hombres demócratas y liberales, como pudiera ocurrir en un habilidoso juego escénico de luces desaparecen en la sombra, permitiendo pensar en su inexistencia y luminosamente en cambio, aparece entre las bambalinas, la lucha a muerte entre un capitalismo de tipo imperialista y un despotismo marxista.

Y de la Democracia ¿qué se ha hecho entre tanto? Y esa luminaria del mundo, que es la Libertad ¿se ha apa-

gado? Ni una ni otra han desaparecido; están, como en todos los movimientos pasionales, sujetas a la presión de dos fuerzas contrarias y extremas; fuerzas que juntas, no pueden armonizar el mundo y que aisladas, no pueden someterle. Lo que está en juego, es precisamente la Democracia, único sistema que establecido firmemente, tras de una labor educacional de los pueblos, labor educacional regida por el liberalismo, es el que puede componer este gran puzle mundial, formado por innumerables piezas, de distinto color político, religioso y social y que una vez compuesto, es armonía de vida, de trabajo, de progreso y de convivencia, es decir, de civilización.

Y así como antes he dicho que el resultado de la guerra en España demuestra lo falso que es el argumento de que aquella tragedia fuera una lucha entre dos extremos, así el momento actual, en el panorama internacional, pone al descubierto la misma falsedad. Los extremistas del marxismo ortodoxo, que hace unos días explicaban —o cuando menos justificaban— su discutido pacto con Hitler, diciendo que la salud del mundo exigía la destrucción del imperialismo inglés, están obligados a pactar con el odiado imperialismo, para no verse anegados en la ola de cieno y de deshonor que pasa a través de las compuertas del nazismo, abiertas hoy, de frente a su honor y a su indiscutible derecho de autodeterminar sus formas de gobierno y sus normas de vida. Al mismo tiempo, el voraz capitalismo encuentra buena la colaboración del marxismo más ortodoxo, para desviar la ola de cieno hacia los mares inmensos de la Libertad, donde sus aguas purificadoras, serán el único laboratorio capaz de exterminar los gérmenes malsanos del "nuevo orden" que Hitler y sus secuaces, tratan de imponer al mundo.

Así las cosas, la lucha de hoy está entablada, no entre los dos repetidos extremismos, sino simplemente, entre el nazismo alemán, que trata de imponer una doctrina y una pauta de gobierno y un conjunto de Naciones, dis-

tintas en sus fundamentos políticos y sociales, que repelen la implantación de normas de vida, impuestas desde fuera; claro se vé que es una lucha entre la opresión y la libertad.

Si los sueños de Hitler se hicieran realidad, el mundo se convertiría en un gran campo de concentración y su triunfo se traduciría en algo más terrible que el triunfo del nazismo; supondría el triunfo, en cada país, de lo más deleznable, el triunfo de los Laval y de los Quinslings en cada una de las naciones sometidas.

Si Hitler, como deseamos y como es seguro, resulta vencido, el triunfo corresponde a aquello que él quiso destruir y contra lo que él lucha, el triunfo de la libertad de los pueblos.

II

Para nosotros, los republicanos españoles, el triunfo del nazismo es la muerte de la libertad y la consolidación de la dependencia de España a Poderes extranjeros. Y esta gran catástrofe, no sería cosa más o menos temporal, que pudiera anularse o siquiera atenuarse con sacrificios y renunciaciones; señalaría una etapa histórica.

Para nosotros, los republicanos españoles, la derrota de Alemania con todo lo que la acompaña, es el ocaso de la opresión, la conversión de los campos de concentración en manantiales productores de vida, una nueva y quizás la última ocasión que nos es propicia, para asentar el futuro régimen de España sobre bases de libertad y de democracia.

Creo que, de una manera clara y siguiendo con orden y con meditación los razonamientos que anteceden, se desprende con suma sencillez, cuál ha de ser nuestra lógica posición.

Los republicanos españoles tenemos —porque somos liberales, y demócratas y porque somos españoles— que estar situados frente al nazismo; contra Alemania. Tenemos en consecuencia, que estar colocados junto a los que luchan contra Alemania y por todas las razones expuestas, que dibujan nuestras altas conveniencias, hemos de estar al lado de los enmigos de Hitler, quienes quiera que sean estos enemigos. No tenemos opción. ¿No es bien sencilla nuestra posición?

Para mi modo de entender, pocas veces se nos ha presentado a los republicanos españoles un problema de si-

tuación, de esta naturaleza; que siendo de tanta envergadura, sea tan sencillo de resolver.

Y sin embargo, en medio de tanta sencillez, se da el caso de que algunos hombres —pertenecientes no pocos al credo republicano— se debaten como entre un oleaje de confusiones y varios de ellos, se sienten inclinados a adoptar posturas que me parecen incompatibles con la situación en que estamos, y en la que, como he dicho antes, carecemos de opción.

Para aquellos hombres que ven en la derrota de Alemania —y lo ven con alborozo— la implantación del comunismo, hay que decir que están equivocados. La derrota de Alemania, dada la coalisión de sentimientos que tiene en frente, no supone el triunfo de una determinada forma de gobierno, de ésta ni de otra clase; supone el triunfo de la libertad de los pueblos, para darse la forma de gobierno que estimen más conveniente y dentro, como es natural, de la armonía del mundo. Tiene que ser repudiada aquella determinación que rompa esta armonía, necesaria para el progreso de la Humanidad, progreso que, como fuerza de la Naturaleza, no puede ser roto ni retrasado por la voluntad de unos locos o de unos aventureros, como pretende serlo ahora, por los loco-aventureros de Alemania. En este sentido, la derrota de Alemania, supone únicamente el triunfo de la libertad y solamente en el marco de esta libertad, están las responsabilidades que los republicanos tenemos, para restaurar en España el Régimen que andando el tiempo, sea una perfecta Democracia.

A aquellos otros españoles, que por encima de todo, marcan su posición contra Rusia, y por el hecho de que esté en guerra al lado de Inglaterra, se muestran recelosos a caminar, hay que decirles que tampoco tienen opción. O ponen su paso al ritmo de los enemigos de Hitler o solicitan su ingreso en la Legión Azul. En este histórico momento, o se comparte el pan, en la mesa internacio-

nal, con los que pueden ayudarnos a restaurar nuestras libertades o se lucha contra ellos, colocándose al lado de Hitler como europeos, y al lado de Franco, como españoles.

III

El republicano que se expresa de esta manera ¿es un ciego adorador de Inglaterra o es un comunista embozado, que aprovecha las circunstancias mundiales, para empujar a las gentes a tomar partido? No es ni una cosa ni otra; es sencillamente, un republicano español.

Yo tengo memoria y muy cerca de mí han pasado acontecimientos de una magnitud dramática, que hicieron perder la República Española, por el gesto despectivo de unas Democracias que nos abandonaron, y que en el abandono llevaban el aguijón de su miseria. Y tan desesperante como este abandono era la contemplación de innumerables hechos, que al abandono, añadían el escarnio. Nunca podrá olvidarse aquella mesa de deliberaciones de la "no intervención" a la que se sentaban los que estaban interviniendo y desde la cual, las Democracias aseguraban al mundo, que no tenían conocimiento de tal intervención. Si la pugna mundial de estos momentos fuera una liquidación de cuentas personales, quizá —tampoco estoy seguro— quizás fuera normal y saludable responder al abandono de aquella fecha con el abandono de nuestra atención. Pero recordemos que cuando nos quejábamos de aquélla situación, no lo hacíamos implorando a nadie, para que nos sacara las castañas del fuego; nosotros clamábamos para que se nos dejara defender el Régimen que el pueblo se había dado y avisábamos al mundo, que la ruina de la República española, era la ruina de todas las Democracias. Un inglés, que hoy simboliza el espíritu liberal de Europa, estaba de acuerdo con

nuestro punto de vista; este inglés se llama Churchill. Pues bien, de la misma manera, nuestra indiferencia, ahora, que equivaldría a un abandono para la causa de Inglaterra, es nuestra perdición y es la consolidación del deshonor en que Franco ha sumido a España. Yo no soy imperialista, ni soy inglés —cosa esta última que no me repugnaría ser, si perdiese el honor de ser español— pero estoy unido con la mayor emoción a la causa que defiende el pueblo inglés, porque estoy convencido de que a su triunfo o a su derrota, van unidos nuestros destinos, afortunados o adversos.

En tiempos pasados, no todavía lejanos, oía yo con asombro, opinar a determinados elementos, enemigos acérrimos del imperialismo inglés, en el sentido de que nosotros no teníamos nada que ver con la causa inglesa y decían, altanera pero ingenuamente, que la reconquista de la República era cosa nuestra, solamente de los demócratas españoles. Al oírlo, recordaba con amargura que cuando estábamos sobre el propio suelo, y disponíamos de la intrepidez y del valor de todo un pueblo leal, arma la más poderosa que puede tener una causa justa y honrada, la simple inhibición de una contumaz política conservadora inglesa, nos llevó al desastre del triunfo franquista. Y hoy, ciertamente con el mismo espíritu de la España leal, pero inermes, ¿hemos de ser aisladamente, los reconquistadores de nuestras libertades? Error crasísimo, no sólo por la falta de fuerza material, sino por que los intereses del continente a que pertenecemos, están ligados para un presente angustioso y para un porvenir muy dilatado, y no sirve que nosotros queramos hacer de caballeros andantes, caminando aislados por las rutas de la Mancha. Los tiempos del Quijote han pasado. En lo sucesivo, si queremos conquistar nuestra Dama, junto a D. Quijote, tiene que luchar Sancho.

Para completar mi pensamiento, me resta decir que tampoco soy comunista, ni comunistoide. No sé si son mis

ideas políticas —pasadas por la alquitara de la experiencia, de una vida ya larga— o si es mi repugnancia hacia los estados de permanencia dictatorial o si es simplemente mi formación, o si es todo ello junto, lo que me aleja del comunismo, de una manera clara y terminante. Como por encima de todo, antes que republicano y antes que demócrata, soy liberal, mi posición enfrente del comunismo, no es una posición exterminadora; quizás esta circunstancia, les haya hecho creer, a los que tienen pereza en el discurrir, que tengo ribetes de color comunista.

Para los que así piensen, repito de una manera pública, que no siento inclinación hacia el comunismo y aunque lo que voy a decir no representa desdoro para el que se sienta comunista, añado que en el terreno de la polémica política, resulto anticomunista. Es decir, si en este momento estuviéramos en nuestro país, discutiendo o luchando por su forma de gobierno, yo estaría frente a los comunistas, de una manera franca y total. Pero desgraciadamente, no estamos en ese momento; por lo que se combate ahora, es por la conquista de las libertades mundiales, dentro de las cuales, cada pueblo ha de decidir en su día la propia forma de gobierno y en esa lucha de ahora, el pueblo ruso está del lado de nuestra conveniencia y al lado del pueblo ruso hemos de estar, queramos o no queramos. No basta con decir de una manera vaga que nos adherimos a las naciones que luchan contra Hitler. Si se volviera contra las Democracias, las mismas razones que tenemos hoy para estar al lado del pueblo ruso, nos llevarían a estar en contra suya.

IV

Si los republicanos españoles no somos unos suicidas, tenemos que estar alerta para cumplir una obligación, a mi parecer, primordial; la de ser la base de unión de todos los antifascistas españoles.

Hay que tener en cuenta que el suicidio político de unos republicanos, no representa solamente la anulación de unas personalidades; representa la muerte de unas posibilidades republicanas. La simple anulación de unas personalidades tendría bien poca importancia. La grave responsabilidad que se contrae con determinados actos, aunque estén revestidos con una capa de pureza política, está basada en que dichos actos pueden conducir a la ruina de nuestro porvenir republicano.

Es imprudente, por otra parte, con esos actos a que me refiero, aumentar el confusionismo entre los republicanos, que tenemos el deber de espantar la confusión e ir, con toda claridad, a una postura básica de convivencia antifascista. Yo no me explico que pueda decirse en documentos destinados a la publicidad, que en 1936 *se rebasaron los términos concretos del compromiso del Frente Popular y se ensayó sobre el cuerpo inerme de España un propósito de transformación revolucionaria, incompatible con su economía e inadecuado a sus creencias políticas*. Y no me lo explico, porque inexplicable es, que se diga esto por personas, unas que dirigieron activamente la República y otras que colaboraron en esa dirección de una manera tangible y vital. Merece la pena de que nos preguntemos: Si esto lo creían en 1936, ¿por

qué dirigieron o colaboraron hasta el fin de la guerra? Seguramente que entonces no lo pensaban así. De pensarlo habrían estado de espaldas a la causa que atacaba Franco.

Por todas las razones expuestas, los republicanos, que dejamos aparte, en el día de hoy, la discusión de principios políticos que no sean el fundamental del aplastamiento del fascismo, hemos de permanecer atentos a obtener varias finalidades.

La primera, procurar y trabajar por la unión de todos los elementos españoles que tengan por norte la derrota del nazismo alemán, azote de la Humanidad entera; la derrota del fascismo italiano, Rigoletto del drama europeo, y la derrota del franquismo español, ejemplo de crueldad universal. Tres derrotas que se resumen en una sola, la derrota de Hitler, que a su caída arrastrará automáticamente, como a hojas llevadas por el mismo vendabal, a todas las dictaduras que nacieron o se alimentaron bajo su estímulo o a impulso de su presión.

Otro cuidado, es la vigilancia constante en nuestra vida pública y en nuestra vida particular de todos aquellos actos, propios o ajenos, para desecharlos si acaso sirvieran a la causa de Alemania o para no escatimarlos, si la perjudicaran. No creo pertinente entrar en el destalle de esta escrupulosa vigilancia, el curso de la cual ha de ser visto con claridad en cada día y en cada momento por la conciencia de todo buen republicano.

No ha de apartarse, además, de nuestro pensamiento la suerte de los españoles que, más desgraciados que nosotros, sufren en España la cárcel, el campo de concentración o las torturas de un hogar liberal, perseguido por prácticas exterminadoras y sitiado por el hambre.

Para comprender toda la magnitud de la responsabilidad que ante los desgraciados compatriotas que sufren en España, en Francia y en Africa, contraemos los que, más afortunados, hemos arribado a tierras de libertad, se me

ocurre una reflexión un poco caricaturesca; me será perdonada, pues bien sabido es que los contrastes de la caricatura son a manera de focos luminosos, capaces de hacer resaltar, tanto los perfiles de la comicidad, como las sombras de la tragedia. ¿Qué pasaría en las tenebrosidades de España, de Francia y de Africa, donde nuestros hermanos liberales miran hoy ansiosamente hacia una pequeña luz de esperanza que vislumbran en el horizonte, con la ilusión de verla cerca y cegadora, qué reacción se produciría en ellos, si les hiciésemos saber que su redención ya no es posible, porque aquí en América hay unos hombres que han decidido odiar al imperialismo inglés, o porque hay otros que se han declarado incompatibles con el pueblo ruso? La reflexión, aunque esté en caricatura, se presta a hondos comentarios. Yo no he de hacerlos...

Al dedicar un recuerdo a los compatriotas que sufren por haber perdido la libertad que defendieron, dos sentimientos contrarios vienen a la mente: la suerte miserable de los españoles que el régimen de Vichy ha llevado a la construcción del ferrocarril transhariano —víctimas de la opresora Francia de Laval— y la suerte gloriosa de los españoles que en los campos de Siria han defendido a la Francia Libre. De igual grandeza será el recuerdo que para ambos grupos de hombres, les labre la República Española.

V

La misión que a los republicanos nos resta en la emigración es dura y penosa, pero lleva en sí la satisfacción de aquello que para obtener una alta eficacia, ha de estar sazonado con el sacrificio de nuestras pasiones y con el renunciamiento de nuestras conveniencias. Por ser la que tenemos a la vista, una laboración de convivencia, obliga no sólo al castigo de la pasión, sino a la renunciación mayor que puede pedirse a un hombre: a su autoeliminación, si ello es conveniente al mejor éxito de la empresa. Las cuestiones personales no son útiles a la República; las conveniencias utilitarias le son perjudiciales. Hay que tener presente que la obra de reconquista que se nos va a facilitar, no es la ocasión de lograr una sinecura; exige, por el contrario, la obligación de ofrendar un sacrificio en aras de la prosperidad patria, sacrificio tanto mayor cuanto es poco posible que los frutos de la siembra sean gustados por los hombres de nuestra generación.

Y si estos perfiles tienen la misión que nos resta en la emigración, no es menos dura ni menos penosa, la que el Destino nos tiene reservada dentro de España.

Si las experiencias de la política pasada no sirvieran para dar cauces —no diré nuevos, para que no parezca demasiado atrevido, pero sí distintos— a la política del futuro, entonces podríamos decir que los únicos hombres a quienes la vida no les sirve para nada son los republicanos españoles. Yo bien sé que en nuestros actos cotidianos es la mejor prueba de honradez y de la buena fe con que procedimos, el poder decir con autoridad: "Si

volviera a nacer, haría las mismas cosas que hice". Pero en política, no, ¡de ninguna manera!

Como un detalle a exponer, y que no pueda repetirse, quiero recordar cómo en los primeros tiempos de nuestra República, el Gobierno, respondiendo a un acuerdo que había tomado como Comité revolucionario, tenía el propósito de demorar la consulta popular por un período de tiempo prudencial, necesario para dejar asentados los principios revolucionarios sobre bases que fueran invulnerables a los ataques solapados de la reacción española, reacción que, al fin había salido condenada democráticamente en el magno plebiscito que fueron las elecciones del 12 de abril. Plebiscito que, por otra parte, era garantía de que la confianza popular estaba depositada en aquel primer Gobierno de la República, que fué modelo de Gobiernos honorables. Por causas de todos conocidas, no se hizo así y las consecuencias fueron poco favorables.

Aquellas Cortes Constituyentes, que merecen homenaje del mundo entero por su laboriosidad, por su alta capacidad legislativa y por su generosidad, fueron llevadas a situaciones indebidas, quizás porque fueron convocadas prematuramente, sin que hubiese cuajado una fundamental obra de gobierno que fuera como el cimiento de todo el edificio republicano.

Una convicción adquirida en el curso de nuestra odisea, me empuja a exteriorizar un pensamiento, que sale de la pluma con temor porque creo que al no ser compartido por diversos sectores del republicanismo, puede ser atribuído a debilidad de mis ideas democráticas, pero la fuerza de la misma convicción me impide reservarlo.

Conservo el apasionado cariño que sentí desde mi juventud por la Democracia y por sus fórmulas. He dicho anteriormente, que considero a la Democracia como el único régimen potente para componer el puzle mundial, integrado por piezas de tan variado aspecto y color; re-

pito que la Democracia es el instrumento que consiente la armonía de la vida. Pero también estoy convencido de que un país metido en una lucha defensiva o en período de reconstrucción, ha de ser cauto en la implantación de normas democráticas, que han servido en ocasiones diversas para que aquellos que no sienten la democracia, naden holgadamente entre las orillas de su cauce y lo sequen, y si felizmente no han agotado el manantial es porque la vida, con todo su progreso, les ha impedido remontar la corriente hasta su origen.

Antidemócratas, los hay en todas las latitudes de la política: en la derecha, en la izquierda y en el centro. Entiendo que la manera de educar a un pueblo en la democracia tiene varias fases, y que la primera consiste en administrar la democracia en pequeñas dosis. Entregada a raudales, en una sociedad en que la reacción acecha la ocasión para levantar la cabeza, se convierte en veneno para los mismos demócratas y en arma poderosa para sus enemigos.

El abuso de las normas democráticas, en un pueblo de imperfecta educación política, hace fáciles: sublevaciones militares, que desdoran la noble misión del Ejército, defensora del Estado que el propio pueblo ha creado; insumisiones de jerarquías que pretenden constituir un Estado contra el Estado, envenenando las conciencias que están llamadas a regir; huelgas indebidas, que muchas veces, por arbitrarias o por tener tortuosas finalidades políticas, empañan el sagrado derecho de huelga; y otras muchas cosas que hemos vivido y que nos han enseñado que, si los males de la libertad se curan con libertad (según frase ya clásica), los ataques a la Democracia se remedian con abstinencias temporales de la democracia.

Por estas razones, al decir antes que no deja de ser dura y penosa la misión que el Destino nos ha de exigir dentro de España, quise decir que, a mi juicio, la reconquista de nuestros derechos ha de ser comenzada por un

Gobierno fuerte, que ejerza la fuerza de su poder a derecha y a izquierda y que, con un sentido fuertemente liberal, prepare la educación de España para el futuro ejercicio de la Democracia en el campo más amplio de la vida nacional.

Sé que esta opinión no la comparte toda la masa republicana; pero advierto que si yo estuviera equivocado en mis apreciaciones, mucho más equivocado ha de estar aquel que saque la consecuencia de que soy admirador de las dictaduras.

VI

Cualesquiera que sean las discrepancias que con los conceptos vertidos tengan los republicanos que me lean, queden con la seguridad de que aquéllos obedecen a convicciones nacidas de una vida, en cuyos últimos años he pasado las amarguras que me han correspondido en turno, amarguras debidas en parte al convencimiento de mis incompetencias, pero en otra parte no pequeña a las incomprensiones ajenas. Pero si las desdichas le conceden a uno más experiencia que la felicidad, tengo tanto derecho como otro cualquiera a sacar consecuencias de la experiencia adquirida.

En lo poco que me queda de actividad vital, no espero tener ocasión de prestar los servicios que en la plenitud de la vida hubiera querido rendir a nuestra España. Me aferro a la vida con el afán único de ver a mi Patria libre de las cadenas que las aventuras de unos locos han tendido sobre Europa, con ánimo de tenderlas sobre el mundo entero. Y en este afán que nos sostiene a muchos, tengo el espíritu unido, con una fuerza que sólo la muerte puede cortar, a la empresa acometida por el pueblo inglés, a cuyo frente un hombre de condiciones extraordinarias, uno de esos hombres que surgen cuando la Humanidad necesita un HOMBRE, ha dado a su país categoría de redentor y está enseñando a las generaciones venideras, lo mucho que se puede contra el MAL cuando dispone de patriotismo, de inteligencia para dirigir a un pueblo y de tesón para defender la libertad. En cada país del mundo tendrá esta ilustre figura un monumento edifica-

do por la gratitud, pero en cada rincón de cada pueblo del mundo tendrá tantos monumentos como corazones palpiten para trabajar y para amar.

Por suerte para los destinos futuros, la gigantesca figura de Churchill tiene como complemento la videncia y el atisbo de otro demócrata de cuerpo entero, de Roosevelt. Si el primero ha levantado el espíritu de los hombres, el segundo ha sabido ver a distancia el camino que llevaba la peste y ha tenido, además de inteligencia para verlo, tesón y valor para atajarlo. En esta grave enfermedad, el pueblo americano ha hecho el diagnóstico y el inglés practica la cirujía.

Nuestro afán se extiende a ver la liberación de los pueblos bárbaramente invadidos: Checoslovaquia, China, Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, Grecia, Rusia..., en todos los cuales existe profundamente arraigado el sentimiento de libertad para disponer de sus propios destinos y en alguno de ellos, la decisión de terminar con los traidores que les han llevado a estados de condescendencia con un invasor de tipo medieval.

De entre estos pueblos, los hay que han defendido sus derechos con la sangre de todos sus hijos, y sin contemporizaciones. Es forzoso dedicar loores a Polonia, a Grecia, a Rusia..., para quienes el establecimiento del pie alemán en el suelo que aman y cultivan es un deshonor que no se lava más que con la muerte de sus cuerpos y con la destrucción de sus haciendas.

Que la vida nos sea bastante para ver el triunfo de todos ellos. Y cuando nosotros, los republicanos españoles, otorguemos nuestras posibilidades a la salud de España, todos nuestros trabajos estarán presididos por un pensamiento de gratitud, por esta gratitud que debemos, por encima de todo, al pueblo mexicano que nos ha dado suelo libre para pisar, pero, lo que es más grande, nos ha dado suelo libre para pensar. Con esta libertad, el

pensamiento de los republicanos españoles florecerá con la exuberancia con que florece, en un afán de vivir, esta tierra fecunda y generosa.

A. VELAO

México, septiembre, 1941.